

Prólogo

Solo el dolor me recuerda quién soy. Me mantiene vivo. Mantiene vivo mi deseo de venganza. De sed de sangre.

Escucho sus pasos cada vez más cerca, más cerca de la muerte, esta vez de la suya.

Quiero dejar de escuchar sus falsas palabras, dejar de pensar en ese ruido estremecedor, silenciar ese pitido que se repite en mis oídos.

Ven hacia mí, no tengas miedo.

Tic, tac. Tic, tac. Ya ha llegado tu hora.

Siéntate y disfruta.

Tranquilo, todo va a salir bien.

“Algunos lugares humanos crean monstruos inhumanos”.

—Stephen King

30 de abril de 2001
01:00 am

—112, ¿cuál es su emergencia?

—Hola. Creo haber visto a alguien entrando en una joyería. Le he pillado merodeando por el local y ha desaparecido, pero me parece que hay algo de movimiento en el interior.

—¿En qué dirección se encuentra, señor?

—Trabajo de seguridad en un edificio de enfrente. Calle Trinidad, junto al museo de cera. No puedo abandonar mi puesto de trabajo. ¿Pueden mandar a alguien?

—De acuerdo. Enviaremos una patrulla para comprobarlo. Cualquier cosa no dude en avisarnos. Gracias por su llamada. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cristian volvió a mirar una vez más el calendario antes de cerrar la última caja. Suspiró. Luego continuó observando a Ainhoa, su prometida, que estaba tan concienciada como él en tratar de hacer aquello más fácil. Después de unos minutos iniciales de romanticismo, todo se había vuelto un poco más frío.

Estaba siendo un 2016 realmente caluroso. Unos decían que el clima volvería a la normalidad en invierno, pero Cristian sabía que una situación así no era cosa de estaciones, sino más bien de un calentamiento global cada vez más duradero y asfixiante.

Volvió a suspirar. Esta vez para intentar calmar la ansiedad de una mudanza que no solo estaba resultando difícil mentalmente por el hecho de tener que separarse por un tiempo de Ainhoa, sino que era insoportable a nivel físico, por la presencia inapelable del dichoso calor infernal.

Tampoco podía quejarse demasiado. A pesar de sus cuarenta años mantenía un físico esbelto fruto de sus innumerables entrenamientos en el cuerpo de policía, al que aún pertenecía.

Había decidido tomarse unas merecidas vacaciones. Dichas vacaciones podrían casi considerarse indefinidas, ya que sus últimas y numerosas intervenciones llevaron a sus superiores a considerar que podía estar un tiempo más que razonable alejado de todo aquello. Su trabajo era su vida, pero a regañadientes asumía que había estado sometido a muchas tensiones, quizás demasiadas.

A su cuerpo atlético le acompañaban unos ojos verdes siempre expectantes, un cabello corto y oscuro y una personalidad seria, aunque desenfadada. Metro ochenta de altitud, vaqueros pitillo, zapatos brogue y camisa informal completaban la imagen de un hombre moderno, elegante y corriente en apariencia. Pero solo en apariencia.

—Ainhoa.

—Dime, Cristian.

—No quiero hacer esto sin ti.

—Ya lo hemos hablado, serán solamente unas cuantas semanas. Tú solo encárgate de que nuestro nuevo hogar esté medio decente para cuando llegue, ¿vale? —dijo ella entre sonrisas, aunque sus palabras también mostraban cierta tristeza, por no poder compartir un momento así con su futuro marido.

Ambos deseaban aclarar de una vez en qué punto de su relación se encontraban y hasta dónde estaban dispuestos a llegar. Marido y mujer, sí, eso estaba claro. Pero el cómo y el cuándo se tornaban más y más difusos con cada embalaje. Muchas cosas que concretar entre tanta confusión.

—Al llegar, te vas a sentir como en casa. Aunque después de que nos casemos te sentirás mucho mejor —contestó él, siguiéndole el juego. Ella seguía observándole de reojo, tratando de esconder sin éxito una pequeña carcajada.

Ainhoa siempre se había caracterizado por la infinidad de formas que tenía para hacerle enfadar, aunque se le daba mucho mejor desenfadarle. Más bien se trataba de una especie de juego que tenían. Ella

le picaba y él trataba de devolvérsela, aunque mordiéndose la lengua en más de una ocasión.

Su pelo largo y castaño siempre le había tenido locamente enamorado desde aquel día, en un chill out de los alrededores, cuando hizo uso de sus grandes habilidades para acercarse más a una chica que aparentaba ser tímida.

Sus ojos tampoco le pasaron desapercibidos nunca. A pesar de ser de un color oscuro de lo más común, eran los más sinceros que la intuición de Cristian había explorado jamás. Su sonrisa completaba la persona perfecta con la que había decidido pasar el resto de su vida.

“Eran otros tiempos”, pensaba cada vez que se veía a sí mismo diez años antes, cuando todavía tenía la fuerza y las ganas de comerse el mundo.

Los minutos siguientes los pasaron en silencio, reflexionando sobre lo vivido hasta entonces. A pesar de que sus planes no habían salido como esperaban tenían grandes expectativas de futuro y no pensaban dejar que se estropearan por tener que pasar una temporada sin verse todos y cada uno de los días.

Estaban rodeados de recuerdos, aunque la mayoría pertenecían a Cristian, que guardaba en cada parte de su piso cientos de archivos y libros que le habían ayudado a progresar en la carrera policial. También Ainhoa había dejado su pequeña marca distintiva por el lugar, cada noche que se escapaba antes del trabajo, para poder dormir junto a él. Ambos estaban deseando empezar a generar nuevas historias compartidas desde cero en una nueva casa que, por fin, fuera de y para los dos.

Las innumerables cajas los tenían casi rodeados. Y nada parecía igual. El que había sido durante tantos años el hogar de Cristian se estaba convirtiendo en una estancia con unas cuantas paredes viejas y agujereadas. Tan solo la luz que se colaba por las persianas parecía tener intención de permanecer allí para siempre. Reflejándose en aquellas paredes. Recordando desde llantos y risas hasta intensos gemidos de incontrolable placer.

Ainhoa seguía tratando de asimilar la situación. Rememoraba una y otra vez la conversación que mantuvo con su jefe, o más bien la que él tuvo con ella:

“Es un cliente potencial. Te necesito ahora. Si te vas, puede que no te vaya a necesitar más cuando vuelvas”.

“Imbécil”, pensaba cada vez que se acordaba. Todo lo que habían pactado, sus vacaciones, sus ganas de irse a vivir con Cristian, su compromiso... Todo se tuvo que aplazar por la egoísta decisión de su superior, decisión que tuvo que acatar irremediamente.

Aun así la positividad que los caracterizaba a ambos consiguió que se lo tomaran con tranquilidad. Él la esperaba impaciente en su nueva casa, a unos cuarenta y cinco minutos de donde residían de forma independiente, hasta que el volumen de trabajo de Ainhoa se redujera y pudieran volver a encontrarse. Solo así comenzarían a disfrutar de sus vacaciones y su futuro juntos.

A pesar de tener que solicitar el traslado, Cristian ya se había mentalizado. Ni siquiera sabía con total exactitud cuándo volvería a ejercer lo que había sido durante los últimos años su única forma de vida. Sin

embargo, continuaba inquieto. Estaba acostumbrado a ser independiente, a perseguir delincuentes y ascender por sí mismo en el escalafón. Había llegado hasta donde estaba por mérito propio, pero le aterrorizaba la idea de estrenar solo la casa que compraron con el objetivo de empezar su convivencia a las afueras. Querían aprovechar las vacaciones de ambos para poder mudarse sin problemas y al final acabaron encontrándose con un obstáculo tras otro. Eso era lo que más le enfadaba.

—Ya está todo listo. Solo falta guardar tu bien más preciado, señor comisario —se burlaba Ainhoa, mientras señalaba un viejo y pequeño maletín.

—Si supieras de cuántas me ha salvado, no te reirías tanto —respondió él con un tono desenfadado, al mismo tiempo que descubría en el interior del maletín un revólver Colt del calibre 22.

—Deberías librarte de una vez de esa chatarra. ¡Tiene casi los mismos años que tú! Si quieres tenerla en casa, por lo menos podrías comprarte una de esas nuevas pistolas que no tardan una vida en dejarte disparar por segunda vez. —Esta vez la burla se había convertido en una especie de imposición oculta.

—Cuando se presenta un problema concreto, un disparo en el sitio correcto es siempre suficiente. Recuérdalo. No necesito una pistola nueva. —La respuesta dejó sin habla a Ainhoa, que se detuvo en sus quehaceres para observarle fijamente y esbozar una sonrisa de complicidad que indicaba que la discusión ya había terminado.

Después de que Cristian observara por la ventana que el camión de la mudanza acababa de llegar

y estaba preparándolo todo, salió junto a Ainhoa por la puerta. Casi al mismo tiempo dos hombres aparecieron frente a ellos pidiendo permiso para comenzar su trabajo. Resultó algo decepcionante descubrir unos cuerpos demasiado endebles como para conseguir cargar los pesados muebles de su casa.

Los observó detenidamente. Las malas experiencias habían desarrollado en él una extraña obsesión por tratar de detectar cualquier tipo de amenaza con tan solo mirar a los ojos. Al parecer, no había de qué preocuparse.

Ainhoa estaba siendo de gran ayuda, sin ella el tiempo necesario para prepararlo todo se habría hecho eterno. Nunca se le había dado bien organizar sus pertenencias y prepararse para cambios bruscos, por lo que agradecía en especial tenerla como apoyo. Pronto sería él quien tendría la oportunidad de ayudarla a ella a trasladar sus cosas y eso le reconfortaba.

“Quid pro quo”.

Deseaba que ese momento llegara lo antes posible.

—Espero que nadie haya alquilado aún la casa de al lado. Sería mucho mejor si estuviéramos solos. Tú y yo en ese acogedor espacio alejado de la mano de Dios. Suena perfecto, ¿no crees? —Cristian todavía recordaba el momento en el que firmaron la escritura y vieron aquel chalet en venta que se encontraba a escasos metros de su futura casa—. No quiero tener que estar pendiente de nadie hasta que llegues. —Sonó más serio de lo que pretendía.

—Tienes que dejar de odiar tanto a la humanidad. Seguro que tenemos un vecino con unos ojos que

te gusten —dijo ella mientras le guiñaba un ojo, haciendo uso como de costumbre de ese tono que lograba irritarle—. Estarás bien.

Cristian cargó las bolsas que pudo en el coche. Tenía que poder disponer de lo imprescindible en caso de que el camión se retrasase algunas horas.

—¿Llevas el móvil?

—Claro. ¿Si no cómo iba a llamarte cuando llegue? Además no tardaré demasiado en tener wifi, ya sabes, por si no quieres hablar conmigo —dijo él mientras acariciaba las mejillas de Ainhoa.

—Sería por trabajo, ya lo sabes. No tardes mucho en molestarme, lo echaré de menos. —Ella quiso seguirle el juego. Ambos sabían que era la mejor forma de despedirse.

Finalmente, tras reducir el tiempo que estarían sin verse a un beso en los labios, Cristian subió al coche. Antes de arrancar, fijó una última vez sus ojos en los de ella.

El sonido de la radio comenzó a camuflar el ruido del motor. Luego su mirada empezó a perderse en la carretera.